

EL OTRO LABERINTO¹

Mario Wong

El sugestivo título del ensayo de Julio Carrasco Bretón me remitió a mis lecturas, allá en Lima (años 70-80s), de Octavio Paz. Me dije, Julio se propone actualizar de alguna manera la problemática de lo que es el “carácter del mexicano” en el nuevo siglo, en esta etapa de la globalización marcada por la quiebra de las identidades y las tradiciones, que acompañaron la formación de los estados-naciones. A una pregunta que le hiciese Claude Fell a Octavio Paz, sobre si podía concebirse *El laberinto de la soledad* como un desciframiento de los mitos mexicanos, él respondió: “...Yo creo que *El laberinto de la soledad* fue una tentativa por describir y comprender ciertos mitos; al mismo tiempo, en la medida en que es una obra de literatura, se ha convertido a su vez en otro mito”.²

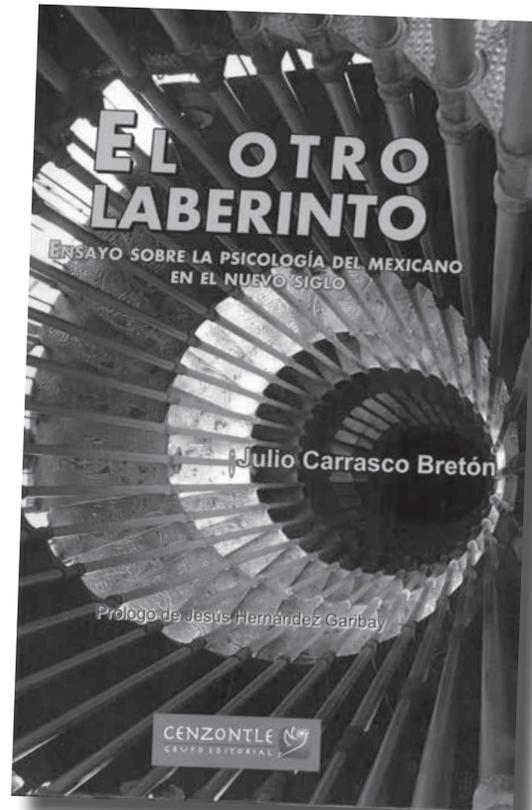
Bien, quiero abordar la problemática de la psicología del mexicano en el siglo presente, a partir de uno de los acontecimientos-mitos que han marcado a la generación de Julio Carrasco, una generación rupturista del 2 de octubre del 68. Sobre esto, Paz escribió:

El carácter de México, como el de cualquier otro pueblo es una ilusión, una máscara; al mismo tiempo es un rostro real. Nunca es el mismo y siempre es el mismo. Es una contradicción perpetua: cada vez que afirmamos una parte de nosotros mismos, negamos otra. Lo que ocurrió el 2 de octubre de 1968 fue, simultáneamente, la negación de aquello que hemos querido ser desde la Revolución y la afirmación de aquello que somos desde la Conquista y aún antes. Puede decirse que la aparición del otro México o, más exactamente, de uno de sus aspectos. Apenas si debo repetir que el otro México no está fuera sino en nosotros: no podríamos extirparlo sin mutilarnos. Es un México que *si sabemos nombrarlo y reconocerlo*, un día acabaremos por transfigurar: cesará de ser ese fantasma que se desliza en la realidad y la convierte en pesadilla de sangre. Doble realidad del 2 de octubre de 1968: ser un hecho histórico y ser una representación simbólica de nuestra historia subterránea o invisible. (...) ³

¹ Primera aproximación crítica a *El Otro laberinto. Ensayo sobre la psicología del mexicano en el nuevo siglo*, de Julio Carrasco Bretón (Grupo Editorial Cenzone, México D. F., 2018).

² Claude Fell, “Vuelta a *El laberinto de la soledad* (Conversación con Octavio Paz)”, en Octavio Paz, *Pasión Crítica*, Barcelona, Ed. Seix Barral, 1985, 1990, p. 110.

³ Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, Madrid, Eds. Cátedra, 1993, 2012, p. 391.



Me interesa esto de la historia subterránea e invisible y subrayo también, en la cita, lo del otro México que sí sabemos nombrarlo y reconocerlo...; en ese acontecimiento traumático, que fue la matanza de estudiantes en la plaza de Tlatelolco, se entrecruzaron los dos Méxicos: el México pretendidamente “moderno”, desarrollado, y el México tradicional, “arcaico” (para utilizar el término, sesgadamente ideológico, al que recurre Mario Vargas Llosa en su libro sobre el escritor peruano José María Arguedas). ¿Cómo interviene el sincronismo de esas dos historias (de esos dos Méxicos) en el presente siglo? ¿Continúa a determinar, con las atingencias que hace Paz (sobre la máscara y lo real), el carácter de México, lo mexicano, en nuestro mundo fragmentado? Sobre esto de la nación y la identidad, sobre la “fractura histórica”, comienzo citando a Julio Carrasco en el segundo capítulo de su libro, intitulado “Dicotomía de la identidad nacional”:

...en la identidad nacional del mexicano perdura un tajo histórico, que divide en dos su identidad y al mismo tiempo separa esas dos mitades, que deberían estar juntas para dar unidad al “ser mexicano” y por ende identificarse plenamente con su axiología de nación. Lo cierto es que no sucede así desde el mismo nacimiento de la patria, pues lo señala con tino la misma lápida dispuesta en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco, plaza también de las tres torturas, de las tres masacres: la prehispánica, la de la Conquista y la del movimiento estudiantil de 1968; lápida en fin, que dice que ahí no hubo ni vencidos ni vencedores, que fue el parto doloroso de una nación. Ese tajo histórico natal no ha cerrado plenamente, no ha terminado de cicatrizar en el subconsciente colectivo mexicano. La cicatriz no está concluida porque si fuera cicatriz...⁴

Se requiere, pues, una especie de entendimiento “intempestivo” (Nietzsche), paradójicamente “fuera del tiempo”, para entender el “secreto” de ese periodo histórico, la “razón” (de la sin razón) del México de esos años; a partir de descubrirle la fisura, la brecha, la “zona de riesgo”, de vértigo, que nos aproxima al abismo, y que desde una “perspectiva oblicua” arroja una mirada única sobre ese tiempo, esa época.⁵

No hay identidad que no sea problemática en el mundo globalizado del capitalismo neoliberal, distópico; en el que la dinámica de las desterritorializaciones coexisten y/o se apoyan con las intervenciones siempre más autoritarias del poder del Estado y de sus aparatos de dominación. Julio Carrasco, en el Corolario a *El otro laberinto*, constata: “... México está hoy sumergido en la atopia y la anomia; la utopía al alcance de su consciencia hoy también la tiene secuestrada la Iglesia, entre otras instituciones aliadas al poder. Por ello es que no se contempla un futuro viable para nuestra patria como país de justicia, probidad y equidad”.⁶

¿Qué ocurrió para que esto último no sea posible? Ese es el trabajo de examen de la psicología del mexicano, emprendido por Carrasco en este ensayo, para poder diagnosticar el mal que corroe su país (y en el que encuentro más de una similitud y/o coincidencia con las realidades de otros países del Hemisferio Sur). En este ensayo escribe sobre la esquizofrenia social que, como una enfermedad endémica, ha contagiado a todo el país; y cito:

La esquizofrenia social es un padecimiento colectivo en todos los componentes de la sociedad mexicana, sean estos gobernantes o gobernados. Ambos sectores padecen de esta disfunción psicológica, en términos de

acciones sociales y políticas; ambas partes no quieren o están incapacitadas para entender, valga la expresión, la verdadera realidad del país. Realidad lamentable, pero susceptible de ser transformada. El común de los mexicanos no quiere ver dicha realidad y mucho menos ser partícipe de su transformación, tal como si fuera una atmósfera mental permanente de autismo hacia la política de injusticia, inequidad e impunidad que prevalece.⁷

Esta problemática de la identidad, de la fragmentación *du réel* (de la no-cohesión, de la antropofagia social), está marcada por el estigma racial que impera en México desde la Conquista. Retengo la opinión de Julio Carrasco Bretón sobre un cuadro de David Alfaro Siqueiros, cuya imagen para él sintetiza “la condición existencial del ser mexicano”; cito, otra vez, *in extensius*:

Cada vez que contemplo el cuadro del rostro de Siqueiros me estremezco, por la fuerza pictórica de este genio del muralismo mexicano y maestro nuestro. Ese cuadro que tiene un rostro de piedra y dos manos en perspectiva, que visualmente reclaman a quien contempla la pintura la ausencia metafórica de la identidad, nos ilustra el drama del rostro de piedra, del no rostro, de la ausencia de identidad, o de asumirla con conocimiento de causa, o por qué no decirlo, de aceptación de nuestro pasado de parto sangriento de nación para considerarnos como mexicanos. Rostro de piedra, frío, informe, sin vida, herencia volcánica. “Rostro no rostro” por ser cabeza de piedra que no obstante, gesticula con los brazos y las manos abiertas pidiendo..., esperando recibir algo.⁸

Y el párrafo antepenúltimo de los inicios de este libro, intitulada “Herencia de vicios coloniales”, que trata sobre el verbo “chingar”, considerando la hipocresía y la tolerancia, que se entremezclan, y la relatividad del respeto y las consideraciones sociales, cita a Paz:

Extremadamente lúcido, Octavio Paz nos brindó las coordenadas gramaticales de un mapa psicológico del mexicano, donde existía una poliangularidad del verbo *chingar*. México se caracteriza por tener una población que se chinga mutuamente: el jefe medio le paga al empleado (o sea que se lo chinga), y el empleado simula que trabaja (o sea que se chinga al jefe, trabajando a medias). Por ello, podemos concluir que en el fondo no sólo todos se chingan, sino que han chingado a la nación en su conjunto, permitiendo a su vez que de afuera los imperios modernos nos chinguen como nación.⁹

⁴ Julio Carrasco Bretón, *Op. cit.*, pp. 121-122.

⁵ Véase Ilan Staván/Juan Villoro, *El ojo en la nuca*, Barcelona, Anagrama, 2014, p. 40.

⁶ Julio Carrasco Bretón, *Op. cit.*, p. 169.

⁷ *Ibid.*, p. 79.

⁸ *Ibid.*, pp. 57, 58.

⁹ *Ibid.*, p. 58.



Julio Carrasco Bretón

Y debería concluir mi lectura de esta parte del libro señalando que lo que ocurrió el 2 de octubre de 1968 fue “una verdadera chingadera”, pero antes me atrevería a preguntarle (con una cierta aprensión) a Carrasco si es que podríamos decir que en ese ritual sangriento de la plaza de Tlatelolco, una tragedia (y no hay que olvidar que Paz renunció a su cargo de embajador en la India),¹⁰ el gobierno de turno, de Díaz Ordaz, del PRI, chingó al pueblo mexicano.

Recurro aquí a la reflexión que Julio Echeverría, compatriota de Carrasco, hace sobre la fórmula “dialéctica negativa” o “dialéctica en suspenso” de Teodoro Adorno, uno de los grandes teóricos de la Escuela de Frankfurt; se trata de mantener el espacio de la crítica, como forma de conocimiento, al mismo tiempo que se denuncian las síntesis en términos, valga la redundancia, de “totalidades totalitarias”. “La humanidad –escribía Adorno– ha debido someterse a un tratamiento espantoso para que naciese y se consolidase el yo, el carácter idéntico, práctico, viril del

¹⁰ “En 1968, después de la matanza de Tlatelolco –dice el escritor mexicano Juan Villoro– hubo una ruptura entre los intelectuales y el poder, pero un par de años después el presidente Echeverría lanzó la *apertura democrática* y muchos escritores se precipitaron a apoyarlo, con Fuentes a la cabeza. Lo que me interesa destacar es que nunca ha quedado muy claro cuál es el sitio de la independencia. Lo único que le faltó al PRI fue fundar un fideicomiso de apoyo a la disidencia, para controlarla desde dentro”. Véase Ilan Staván/Juan Villoro, *Op. cit.*, p. 69.

¹¹ Julio Echeverría, “Las rupturas postmodernas y la temática de la identidad”, en N. Lechner, W. Schmidt, B. Echeverría, J. Hernandez, G. Vattimo, G.E. Rusconi, M. Ferraris, J. Echeverría, *Debates sobre Modernidad y postmodernidad*, Quito, Editores Unidos Nariz del Diablo, 1991, pp. 180-181.

¹² *Ibidem*.

hombre, y algo de todo esto se repite en cada infancia. El esfuerzo por mantener unido el *Yo* pertenece al yo en todos sus estadios, y la tentación de perderlo ha estado siempre asociada a la ciega decisión de conservarlo... La angustia de perder el *Yo*, anulando así la frontera entre éste y el resto de la vida, el temor de la muerte y de la destrucción, está estrechamente ligado a una promesa de felicidad que ha amenazado constantemente a la civilización”. Por detrás –y esto corresponde a la reflexión de Echeverría¹¹– surge entonces una doble denuncia del carácter “total”, diríamos “fuerte”, de la dialéctica. Por un lado, la dialéctica como razón cumple la función de sustituir o compensar la debilidad del yo; por otro, el pensamiento y la primacía lógica de la identidad no son sino la otra cara de la subordinación que la sociedad exige a “cada quien”. Un poder de unificación y de cohesión que termina por sacrificar a la individualidad, por “deteriorarla”, en cuanto supone la expulsión de todos aquellos elementos que están de más en la propia economía identificadora del sujeto.

Concluyo esta nota crítica con el siguiente párrafo de la reflexión de Echeverría, por lo que concierne al común, al individuo y a la problemática de la identidad (en referencia al proceso cultural y civilizatorio, en México), de lo cual he tratado de ocuparme en esta aproximación a *El otro laberinto*:

La dialéctica en Adorno se revuelve contra sí misma. La “vida deteriorada” del individuo se opone a la sobrepotencia del Sistema. Pero a su vez, el poder del Sistema se asienta en la debilidad del individuo, que es vista como incesante búsqueda de socialización, de comunidad. Pero en la debilidad y en el “deterioro” está la capacidad de resistencia y de modificación del Sistema. Solo el individuo o pequeñas agregaciones pueden oponerse al poder y a sus formas en una dinámica en la cual su reducido peso cuantitativo se compensa con la enorme carga simbólica de su impugnación. Impugnación que es tal justamente porque alude a otras posibilidades de agregación que no están presentes en el programa sistémico, o que en su defecto no logran ser “integradas” o introducidas en él, y cuya presencia implica de todas maneras la posibilidad de “modificarlo”.¹²

Y esto me permite reconocer el carácter transgresor, de impugnación del Sistema, y también de transformación social y política que tuvo el 2 de octubre del 68 en México (y los otros movimientos *événements* como el mayo francés, del mismo año, y la Primavera de Praga). ☒

Mario Wong. Escritor peruano, residente en París desde hace más de veinte años. Es autor de la novela *El testamento de la tormenta*, del libro de relatos *Yo vivo en San Miguel pero muero por Amalia* (edición bilingüe), así como de varios poemarios. Es corresponsal de *Archipiélago* en Francia.